

el retorno de los brujos a la universidad de buenos aires

VIDA COTIDIANA Y TERROR

AL filo de un mediodía de noviembre pasado finaliza una asamblea deliberativa estudiantil más en alguna Facultad de la Universidad Nacional de Buenos Aires (U.N.B.A.).

En el umbral del edificio, algunos jóvenes discuten aún los pormenores de la reunión. De súbito, veinte mocetones armados descienden de varios Ford Falcon sin placas. Los rodean. Alternadamente, uno de los allegados procede a seleccionarlos.

—Este, este... este... aquel, ese... ¿y ves qué mirás?... al que mira también".

Coches y protagonistas desaparecen en contados segundos. Al día siguiente, telefonazos anónimos dan cuenta de los estudiantes. Sus familiares apenas pueden reconocerlos. Maniatados con alambre por la espalda, yacen sus cuerpos lacerados, hinchados, desfigurados por la tortura y despedazados por la metralla.

CUANDO EL PUEBLO ES GOBIERNO

ANIMADOS por el extraordinario triunfo del doctor Cámpora, miles de estudiantes habían ganado las calles. Entre sus festejos, celebraban la derogación de la norma De la Torre que prohibía la agremiación de los alumnos.

El aerosol y las brochas de la juventud registraban la histórica fecha. Plazas y paredones fueron cubiertos por agresivos murales revolucionarios. Oradores que aún padecían del acné juvenil asediaban a los transeúntes, los increpaban y los persuadían para que se manifiesten sobre la evolución del proceso. En las principales avenidas cientos de artistas improvisaron tinglados y tribunas. Allí representaban piezas del teatro político y entonaban el repertorio insurgente de la canción latinoamericana; declamaban y polemizaban sobre el arte y la sociedad con el público presente. Compartían la historia y el festejo del pueblo.

Frente a las cárceles de Buenos Aires, masas que paulatinamente engrosaban su volumen exigían la liberación de todos los presos políticos: "Perón, Evita / la Patria socialista...", "Se va' cabar, se va' cabar / la burocracia sindical...", "Duro, duro, duro / a los yanquis darles duro". Cuando al fin las puertas se abrieron, el júbilo popular fue incontenible.

En los colegios privados de señoritas,

Por EDUARDO ST. PARRA

Las monjas apenas atinaban a refutar los cuestionamientos del "establishment" liberal-burgués y en los de varones, profesores de solapada militancia gorila eran echados prácticamente a puntapiés. Materias como "Instrucción Cívica" y "Educación Democrática", impuestas por los militares para facilitar el predicamento de la idiosincrasia fascista, eran oficialmente derogadas y remplazadas por "Análisis de la Realidad Nacional".

Las columnas de "La Prensa" y "La Nación", bastiones tradicionales de una oligarquía poderosa y económicamente activa, destilaban agrios comentarios. Simultáneamente, los sectores más retrógrados y oscurantistas de la sociedad argentina retiraban intactas sus fuerzas del espacio político ganado por los "cabecitas". Era el 25 de mayo de 1973.

POR UNA UNIVERSIDAD ABIERTA AL PUEBLO

ESE mismo día, Jorge Alberto Taiana, nuevo ministro de Educación, nombró rector de la UNBA a Rodolfo Puiggrós por órdenes de Perón. El viejo maestro constituía una referencia clave del peronismo revolucionario. Junto a Juan José Hernández Arregui y John William Cooke (ya fallecidos), Puiggrós había luchado toda la vida para brindar una alternativa revolucionaria al movimiento peronista. Su condición añeja, conspirativa y radical le evitó recurrir a los rodeos burocráticos. Cuando a pocos días de asumir el rectorado le preguntaron por qué había nombrado a Mario Kestelboim decano de la Facultad de Derecho, respondió:

—Es joven —tiene 28 años— en una Facultad de viejos; es peronista en una Facultad gorila; es de izquierda en una Facultad reaccionaria y es judío en una Facultad fascista".

La nueva Universidad encendía sus motores. El ingreso irrestricto de alumnos fue una de las primeras medidas decretadas por Puiggrós.

Con una hoja de laurel
empapada en agua bendita
el sacerdote jesuita
Raúl Sánchez Abelenda
expresó:

"Bendice, Señor, este recinto
y Arroja de él
a todos los demonios"

Luego procedió a practicar una experiencia pocas veces ejercida en universidades del mundo: la co-gestión estudiantil-docente en la cual todas las estructuras (cátedras, ingresos, planes de estudio, modalidades pedagógicas, participación) debieron adaptarse a la más estricta democratización. Ello repercutió en la caída del principio de autoritarismo que, vigente en todas las épocas, alcanzó su pico culminante en el periodo 1966/73 de la dictadura militar.

Asimismo, fue repudiada la injerencia que el Servicio de Informaciones del Estado (SIDE) había tenido en los nombramientos académicos. Peor suerte corrieron todos los representantes intermediarios de las compañías multinacionales que la nueva administración universitaria dejó cesantes.

A partir del 25 de mayo, la Universidad no toleraría una ideología oficial, ni un pensamiento prohibido a no ser aquellos calificados expresamente como "antinacionales" y "pro-imperialistas". Se respetaba así la vieja aspiración contemplada en la Reforma Universitaria de 1918.

Descentralización, incorporación de niveles intermedios, masificación de la cultura pre-universitaria, disminución de la tasa de deserción escolar, desacralización de la cultura y difusión de la misma en fábricas, talleres, sindicatos, cooperativas. La Universidad no era la Revolución, pero sí podía transformarse en uno de sus agentes fundamentales.

Pero lejos de empantanarse en teorismos, que en tales momentos resultaban estériles, la administración de Puiggrós siguió adelante.

Los planes de estudio sufrieron modificaciones radicales: de una ciencia aséptica se pasó a buscar un modelo de aprendizaje que respondiera al interés nacional antes que a las empresas privadas; la población estudiantil creció en cien mil alumnos; el prejuicio de que un diploma o los años de antigüedad acreditaban méritos suficientes para dirigir la enseñanza fue cuestionado; los alumnos y los profesores y no la Guardia de Infantería, debían participar en la elección de textos y maestros; el pensamiento crítico había que practicarlo antes que invocarlo; los tres niveles obligatorios de griego fueron reducidos a optativos y se empezó a dar preferencia a estudios como "Estructura ocupacional de la Capital Federal" y otros de semejante calibre; el ejercicio "Tumba para un joven poeta", común en Arquitectura, fue desplazado por estudios referentes a la planificación de un complejo urbano factible de ser construido en las condiciones económicas que registra-

se el país; investigaciones que se detienen a escudriñar las modificaciones de la retina humana a veinte mil metros de altura, que sólo podían interesar a potencias que operasen con aviones-espías, fueron decididamente eliminadas y así en general.

Si la Universidad entró en crisis fue porque todo el sistema económico, político y social estaba en crisis. Obviamente, dentro de sus límites no había solución, mas en ese corto y rico periodo que para muchos fue el más denso y creativo en toda la historia de la UNBA, los corifeos del "orden" y la "normalización" fueron abiertamente desafiados.

La crisis evidenciaba también a un sistema académico que en sus combinaciones y juegos de modernidad y atraso generaba sucesivamente contradicciones más y más agudas.

Acaso el germen aleccionador y la siembra de la conciencia desatada y en estado de acto impidió advertir claramente los nubarrones que proyectaba la ofensiva reaccionaria.

EL RETORNO DE LOS BRUJOS

Con una hoja de laurel empapada en agua bendita, el sacerdote jesuita Raúl Sánchez Abelenda expresó:

"—Bendice, Señor, este recinto y arroja fuera de él a todos los demonios".

El exorcismo motivó la persignación de los 250 asistentes a la puesta en funciones de Raúl Alberto Zardini, nuevo decano de la Facultad de Ciencias Exactas. Zardini había sido denunciado más de una vez por el movimiento estudiantil por haber ejercido el mismo cargo durante los gobiernos militares de Onganía, Levingston y Lanusse. En el transcurso del acto puntualizó: "...debo traer la luz de la verdad ante el oscurantismo de tanta mentira perversamente derramada..."

La Universidad "abierta al pueblo" había quedado atrás. Entre mayo de 1973 y agosto de 1974, nueve agrupaciones estudiantiles de izquierda nada pudieron hacer para detener a quienes vociferaban "Dios, Patria, Hogar".

En el Ministerio de Educación, Tajana tuvo que ceder paso a Oscar Ivanissevich, vetusto cuadro del peronismo "histórico" que a los 81 años se le traspapelaban los documentos de sus discursos oficiales.

No obstante esos inconvenientes, afirmó que "a las empresas particulares antes que a las universidades les corresponde la práctica de la investigación y la técnica". En otro discurso del mismo corte, difundido por la cadena nacional de Radio-TV, Ivanissevich dijo el 24 de septiembre pasado: "Esto no continuará. No puede continuar así". Tres días después, un comando integrado por diez individuos arrastraba escaleras abajo de su céntrico departamento y a plena luz del día, a Silvio Frondizi prestigioso intelectual y defensor de presos políticos. Cuando corría en su ayuda, una ráfaga de ametralladora segó la vida de su yerno, profesor universitario también. Horas más tarde, el cadáver de Frondizi aparecía en

los bosques de Ezeiza, cerca de la Capital Federal.

El 16 del mismo mes habían comenzado "los cien días con permiso para matar". Es sabido que la matanza había comenzado tras la muerte de Perón (1-VII-74), pero el 16 de septiembre fue el día en que Alberto Eduardo Ottalagano remplazaba a Raúl Laguzzi como rector de la UNBA. Por su parte, Laguzzi había sufrido el asesinato de su pequeño hijo por mediación de un potente explosivo colocado en su departamento. Pocas horas antes del estallido, la custodia policial se había retirado del edificio.

Ottalagano concibió un cuerpo de 800 celadores (otras fuentes aseguran que fueron más de dos mil) para mantener el "orden" universitario. Las armas fueron distribuidas por el consejero presidencial y titular del Ministerio de Bienestar Social José López Rega, quien por su notabilísima condición de ex-cabo primero jubilado ascendido a comisario general en menos de 24 horas contaba con la aquiescencia de Alberto Villar y Luis H. Margaride, jefes de la Policía Federal.

Con tan estimulantes defensores de la parte sana de la sociedad, se dio luz verde para la matanza indiscriminada. Asesinaron como los norteamericanos en Vietnam: a lo bestia, al boleo. Desesperados y enfervorizados por los 600 dólares que iban por cada "zurdo" muerto. Durante tres meses de crímenes a mansalva e insostenible furia represiva y paramilitar, Ottalagano cerró once Facultades; algunas por un mes, otras, como Filosofía, hasta el día de hoy. El rector declaraba que había que hacer de Buenos Aires "la cuarta Roma".

Zardini respaldaba esa idea elogiando a los regímenes habidos en la Italia mussoliniana de 1922 y 1943. Cuando el rector de la UNBA tuvo que poner en funciones a Sánchez Abelenda como decano de la Facultad de Filosofía, escogió el 15 de no-

viembre, día de su patrono. Entonces manifestó: "...Dios ha querido que en este día, el de San Alberto Magno, mi santo y mi maestro, me conceda el honor... etc."

Inspirado, Sánchez Abelenda anunciaba que la restructuración de los planes de estudio en su Facultad iban a tener como eje a Santo Tomás de Aquino ya que según afirmaba, "la filosofía nunca debió haberse apartado de la teología". Y como se iba a investigar "minuciosamente" las materias con "presuntas connotaciones marxistas", tuvo que cerrar la Facultad porque se quedó sin disciplinas inmunizadas del pecador de Jena. Freud, Plaget, Levi-Strauss, Freire,

Illich, Ribeiro, siguieron el camino del infierno, señalado por los cruzados porteños.

Ottalagano apoyó la campaña cuyo lema era "A Dios rogando...", y enfatizó que "los católicos no compartimos la verdad porque la tenemos".

Entre los miles de académicos perjudicados por la cesantía masiva destacaba Luis F. Leloir, premio Nobel argentino de Química y todo su equipo de colaboradores.

Curiosamente, las universidades privadas no sufrieron la represión y los pocos pudientes de entre los 40 mil estudiantes que quedaron en la calle tuvieron que recurrir a sus aulas.

El 26 de diciembre finalizaron extraoficialmente "los cien días", aunque formalmente, ya que la sangre continúa tiñendo las turbias aguas del Río de la Plata.

El 31 del mismo mes, Ottalagano asistió a un ágape ofrecido por sus matones a fin de celebrar su gestión interina que terminaba ese día.

A los postres y con el brazo derecho extendido, los 800 comenzales hicieron vibrar al majestuoso comedor del Hotel Alvear:

"...Compañero Ottalagano, le recordamos el lema que nos guía: Isabel, los que van a morir te saludan".